

Diego del Alcázar



LA
GENÉTICA
DEL
TIEMPO



ESPASA

DIEGO DEL ALCÁZAR BENJUMEA
LA GENÉTICA DEL TIEMPO



© Diego del Alcázar Benjumea, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2023

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 13.500-2023
ISBN: 978-84-670-7033-0

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Unigraf, S. L.
Impreso en España - *Printed in Spain*



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Se lo encontró escuchando música clásica mientras escribía concentrado en su Mac. Era un vinilo de *Tristán e Isolda*; reconoció de inmediato la fuerza de Wagner. Aquella ópera le recordaba a su esposa por una razón que no acababa de comprender del todo, quizá incluso absurda: cuando Wagner la compuso se inspiró en su aventura con Mathilde Wesendonck y la basó en la filosofía de Arthur Schopenhauer, de la que su mujer era una conocida antagonista. Más de una vez, paseando por el campo o leyendo en su estudio, había reflexionado sobre la extraña relación que había forjado su memoria.

Mercedes colgó el teléfono y abrió la puerta del despacho de Carlos excitada. La expresión de sus ojos, muy abiertos, y una voz en la que vibraba cierta tensión anunciaban que algo importante había pasado. Él salió de su ensimismamiento para mirarla, no solía entrar sin avisar. El rostro de Mercedes estaba pálido, intranquilo.

—Carlos, ya ha sido anunciado el nacimiento de Lulu y Nana. El doctor Shu convocó esta mañana a

los medios internacionales desde Shenzhen. —Mercedes llevaba el bolso colgado del hombro y la *blazer* en la mano como si fuera a salir en cualquier momento—. Dice que ha editado el gen CCR5 en ambas gemelas, que han nacido y están en perfecto estado.

Carlos se acercó al equipo de música, levantó con toda la calma que pudo la aguja del vinilo y acto seguido colocó la mano detrás de la oreja, incrédulo:

—¿Cómo dices?

Mercedes torció el gesto, que ya de por sí estaba bastante tenso. Su marido la enervaba: «La convivencia hace esto en las relaciones», se dijo con cierto disgusto. Carlos, por su parte, aparentaba no haberla escuchado, pero en realidad percibía por su gesto —casi podía respirarlo— que ella, irascible y nerviosa como se encontraba en ese momento, podía saltar por cualquier nimiedad que él le dijera.

—Las primeras niñas modificadas genéticamente en línea germinal acaban de nacer —zanjó Mercedes en un tono bastante desagradable y agrio—. Este año 2018 será recordado por editar a las primeras personas inmunes al VIH, tanto ellas como todos sus descendientes —suavizó el tono—. Tengo que irme a las oficinas de Hong Kong, vamos a tener mucho lío.

Carlos se levantó de la silla y se acercó a la puerta donde ella se mantenía muy erguida, como quien apenas desea permanecer el tiempo necesario para dar una noticia y luego desaparecer, reclamado por

requerimientos de orden más perentorio. Sabía que para Mercedes todo aquello era importante, pero no quería dejar de ser sincero.

—No sé si te tengo que dar la enhorabuena, Mercedes... —empezó con cautela—. Entiendo que es un gran logro para la ciencia, pero os la estáis jugando. Tú, personalmente... ¿Qué consecuencias habrá por haberos saltado las convenciones internacionales?

—No creo que me salpique. —Mercedes mantuvo el tono sereno y levantó el mentón levemente, un gesto de orgullo por tener siempre controlados los pequeños detalles, «las nimiedades», como solía decir, que preocupaban a su marido—. Es cierto que hemos financiado a la Universidad SS Tech y seguro que nos van a echar mierda encima, pero estamos bastante cubiertos. El que lo va a tener más complicado es el propio Shu: es un negligente, aunque haya hecho historia.

Carlos se apoyó en el borde del escritorio y cruzó los brazos.

—Ya sabes que no comulgo con los riesgos que estáis asumiendo. Tiene que haber un debate ético profundo donde se equilibren beneficios y riesgos médicos y morales. En cualquier caso, me alegro por ti..., sé lo que esto significa. —Se acercó y abrazó a su mujer que, solo en ese momento, aparentó estar un poco más conmovida, aunque todavía rígida—. ¿Qué quieres que haga?

Le dio la sensación de que ella estaba esperando esa pregunta.

—Quédate con Clara en Navaluenga. No vayáis a Madrid hasta que las cosas se tranquilicen. A nuestra hija le han vuelto los brotes. A ti al menos te respeta; que se quede tranquila.

Mercedes se apartó del abrazo de su marido.

—De acuerdo —suspiró él como si supiera lo que se le avecinaba. Luego sonrió—. Lo intentaré.

Cuando subió a su habitación para coger una pequeña maleta que siempre tenía preparada para estos viajes exprés, Mercedes se sintió atrapada por una sensación agridulce, más bien incómoda, tuvo que admitir. Por fin disfrutaba de unos breves días tranquilos con su hija y su marido en el campo y, de pronto, la llegada de la noticia había pulverizado todos sus planes. En realidad, nunca se le pasó por la cabeza que Shu fuera a moverse tan rápido; lo que había hecho era realmente una locura. «Aunque para cambiar el mundo necesitábamos locos», pensó. En su cabeza también admitía que Carlos tenía razón, pero se justificaba a sí misma: «¿Cómo ignorar que teníamos la herramienta capaz de aliviar tanto sufrimiento?».

Estaba irritada con su marido por su tendencia a la moralina y sus monsergas: que si los valores, que si la ética... «Es un curita disfrazado de intelectual», pensó carcomida mientras metía el neceser en el equipaje. Su marido solía cuestionar todo lo que ella hacía con una superioridad moral inaguantable, como si él

hubiera hecho algo más en la vida que recibir la mensualidad que ella le pasaba por el singular hecho de que estaban casados y a ella le iba muy bien gracias a su olfato y, sobre todo, a su audacia y su valor. Respiró profundamente, sabía que estaba nerviosa y que siempre lo pagaba con Carlos: aquello que había pensado era injusto. Cerró la cremallera de la maleta con un gesto enérgico y salió de la habitación.

Mientras repasaba las cosas que necesitaba hacer antes de volar, le asaltaron los recuerdos: cuando fundó Gattaca, tenía como propósito utilizar la ciencia para curar enfermedades de origen genético, por eso dio fondos a la universidad de Shu. En cualquier caso, tenía que enterarse bien de qué riesgos había asumido con esa modificación, puesto que ella era muy consciente de que el doctor todavía estaba lejos de estar preparado científicamente para traer al mundo a esos dos bebés.

Escuchó unos pasos y se volvió. Era Gregorio, que subía a recoger su maleta. Lo hizo en silencio y después de una leve inclinación de cabeza. Luego bajaron a la puerta del palacio, donde la esperaba el Range Rover con el motor encendido. Mientras el chófer le abría la puerta del coche, Mercedes se puso los auriculares para llamar a Sam, su asistente personal, que organizaría el viaje y al equipo.

—Sam, estoy saliendo de Navalunga. Necesito que preparen el avión, me tengo que ir a Hong Kong. Localiza a Anne y al equipo científico.

—Dalo por hecho, Mercedes —contestó el bueno de Sam mientras se escuchaban de fondo los llantos de su bebé.

—Ah, otra cosa, ¿me pasas con Idoia, de Comunicación? —siguió Mercedes sin darse por enterada de los berridos de la criatura, hasta que por fin reparó en ellos—. Escucho a Sarita con hambre... Perdona el lío en domingo, por cierto.

Mientras hablaba con su asistente miraba por la ventana el atardecer en Navaluenga, con el cielo índigo que afloraba por el este tras los tonos rojizos, ya desaparecidos hacía unos minutos por el oeste. El pasto conservaba la luz de las últimas briznas del sol y brillaba anaranjado. Aquel bello paisaje le producía una honda e inexplicable melancolía, no quería volver a marcharse de allí. «Otra vez», pensó.

Estaba deseando pasar algún tiempo con Clara porque tenía la certeza de que había recaído. Había regresado la incomunicación a la que se sometía en su cuarto, de donde no salía en días y apenas comía. Luego, de repente, a la semana siguiente volvía en sí y se descontrolaba, zafándose quién sabe cómo para escaparse a quién sabe qué antros donde solo consumía drogas de cualquier tipo... Para que Mercedes no interviniera, Carlos le quitaba importancia y no le contaba la verdad, pero sabía que su hija había vuelto a padecer esos terribles brotes, que tanto la enajenaban, como consecuencia de su enfermedad y del desajuste terrible que las drogas le producían.

Ahora era cuando más la necesitaba y, como siempre, no lograba encontrar tiempo para ella en medio de sus frenéticas ocupaciones. Debía trabajar menos, delegar, lo tenía que hacer por su hija. «Me necesita», se dijo mirando por la ventanilla.

Mercedes se sabía prisionera de su trabajo. Su vida era la ciencia, Gattaca. El éxito y el fracaso, en su caso, no eran «grandes impostores», como en aquel poema de Kipling que tanto le gustaba. La imagen que proyectaba hacia Clara y el poco tiempo que le había dedicado —y que la martirizaba— le habían generado una enorme frustración. La joven nunca había sido suficiente para ella. Quiso convertirla en una mujer fuerte, independiente, exitosa..., pero no reparó en sus necesidades más profundas, no trató de comprender quién era su hija en realidad. La corroía pensar que no se había percatado de su constante necesidad de ser querida y protegida. Clara ya era una joven adulta y escapaba a su control irremediabilmente. El tiempo que nunca le brindó perdido estaba, como la niebla que desaparece al irrumpir el sol. La mataba pensar que cuando esnifaba una raya lo hacía pensando inconscientemente en el daño que le haría a su madre, en cómo con ese polvillo venenoso era capaz de olvidarla, y mientras creía que la olvidaba, la tenía más presente que nunca. Su cerebro era un enjambre, un avispero. Cerró los ojos hasta que llegaron al aeropuerto.

—Hola, Óscar, gracias por organizar el vuelo tan rápido. Tenemos un fuego importante —comentó Mercedes mientras el comandante la ayudaba a subir la escalerilla.

—Por supuesto, ningún problema, jefa. —Sonrió con profesionalidad—. Para eso estamos.

Óscar era su hombre de confianza, llevaba diez años pilotando el avión privado que Gattaca ponía a disposición de su presidenta y fundadora para la infinidad de viajes que realizaba. Ya instalada en su cómodo asiento, revisando unos documentos de trabajo en su iPad, Mercedes trató de desconectar un momento. Cerró los ojos y reclinó la cabeza contra el mullido respaldo. Óscar encaró la pista de despegue con su habilidad habitual y el avión no tardó en tomar altura con suavidad. Mercedes abrió los ojos y contempló un momento el paisaje cambiante por la ventanilla.

—¿Desea algo de beber?

La asistente de vuelo se acercó con una sonrisa. Era una chica esbelta, de ojos grandes y facciones delicadas, a la que nunca había visto antes y no sabía su nombre. Detestaba no saber el nombre de alguien que trabajaba para ella pues, a pesar de tener miles de empleados por todo el mundo, Mercedes había desarrollado una memoria especial y llamaba por su nombre de pila a gran parte del personal, a los que incluso felicitaba por sus cumpleaños.

—Tomaré champán para que no se me atragante el Valium —sentenció hurgando fijamente en los

ojos de la asistente, que por algún motivo le llamaban la atención.

Mercedes detestaba volar y lo compensaba con alcohol y barbitúricos. La chica se quedó un poco extrañada con la contestación, pero rio con disimulo y cierta adulación mientras le tendía la copa de champán. Era aún joven, tendría la edad de Clara, treinta y tantos, lo que volvió a hacerle resbalar como por un tobogán hacia su hija.

Hasta hacía muy poco, Clara había estado, de nuevo, demasiados meses internada en ese dichoso centro de salud mental. Después de una dura lucha, parecía haber doblegado parte de sus brotes y alcanzado poco a poco cierto equilibrio. Fue Carlos quien la convenció para que se fuera a vivir al campo, donde estaría mucho más tranquila y donde podría disfrutar sobre todo de lo que más le gustaba desde niña: sus caballos. «Montar cada día es la mejor terapia», solía decir Carlos. Con sus piernas fuertes, sus manos suaves y su cabeza estable y despejada. Celta, su caballo de siempre, era un pura raza español de movimientos sutiles, elevados y cadentes. En el piafar de Celta, el tiempo se detenía, y en su trote en extensión, parecía que despegaba, que volaba al disparar los cascos de las manos. Y Clara, quieta, erguida, como si juntos, animal y persona, formaran una asociación total, biológica, un verdadero centauro. También se había lanzado a montar a Zalamero, un potro de cuatro años... «Buena morfología, pero mal

temperamento», se dijo Mercedes y bebió un sorbo del champán que le habían servido. De algún modo, su hija siempre había doblegado a esos jóvenes potros temperamentales. Quizá era su forma de autodisciplinarse, de controlar su carácter, su enajenación. Pasaba todo el día a su lado interpretando sus respiraciones y relinchos. Puro susurro, pura magia.

—¿Otro champán? En breve estará lista la cena.
—La azafata ensanchó su sonrisa y enseñó una preciosa dentadura, alineada y blanca.

—¿Cómo te llamas, niña? Creo que es la primera vez que vuelas con nosotros —preguntó Mercedes con un leve desliz en la lengua.

—Carlota, doña Mercedes.

—Me recuerdas mucho a mi hija, ¿sabes?

—Seguro que su hija es estupenda, doña Mercedes, por lo que muchas gracias por el piropo.

—Así es —asintió satisfecha—, estupenda y luchadora. En realidad no lo ha tenido fácil, pero hace esfuerzos por superarse.

—Seguro que sí, con esta madre como modelo: será usted un magnífico ejemplo.

—Uy, no, no. Ella no se parece nada a mí. Lo que le gusta son los caballos, ¿sabes? ¿Tú montas? —Carlota se extrañó enormemente de la pregunta, pues la equitación no es, que digamos, un deporte común, pero agradeció el tono cercano de Mercedes; esperaba una señora muy distante y ocupada.

—La verdad es que no; una vez con amigos de mis padres, en el pueblo de mi abuelo...

—Ella es una gran amazona, ¿sabes? —interrumpió Mercedes sin escucharla.

—Estoy segura. —La joven la miró un poco incómoda.

Y ella empezó a contarle atropelladamente la historia del amor de Clara por los caballos... y por su maestro, Manolo Cebrián. A Manolo lo había conocido Carlos hacía unos años en el transcurso de un campeonato ecuestre. Era un adolescente que le pegó un repaso al caballo que presentaba Carlos y con el que se proclamó campeón nacional. Entonces Clara era todavía una niña, pero cuando Manolo se fue a vivir a Navaluenga para montar los ejemplares de la yeguada, se volvieron inseparables. La asistente de vuelo la escuchaba atentamente, un poco forzada por la situación, y decidió apoyarse en el respaldo del asiento que la jefa tenía delante.

Tanto Carlos como Mercedes coincidían en que Manolo, además de un gran jinete, era un pedazo de pan, bueno y noble, que dedicó horas a enseñar a Clara a montar y también a cuidar de los caballos, a cepillarlos, a ducharles los tendones después de trabajar, a vendarlos para la pista y para el descanso, a aparejarlos y a cuidar los cueros de los aparejos, a saber cómo sosegarlos cuando estaban inquietos...; en definitiva, le enseñó a conocerlos y a quererlos.

A Mercedes le hacía gracia esa relación tan especial con los animales, esa afición que tenían padre e hija.

Tampoco se le escapó a Mercedes cómo empezó Manolo a mirar a su hija cuando esta dejó de ser una niña. Al fin y al cabo no se llevaban muchos años: cuando ella cumplió dieciséis, Manolo tenía veintitantos, de manera que no podía evitar mirar a Clara de otra forma, comportarse de manera rara con ella, dedicarle más tiempo y atención, si cabía, aunque una atención diferente, no exenta de ciertos momentos de rubor. Clara lo percibió de inmediato y se dejó querer, o más bien usó su influencia sobre Manolo para pedirle cosas que le podían meter en un aprieto, como cuando le rogó que la acompañara a Madrid a la fiesta de una amiga en la que luego no le hizo ni caso, y él tuvo que aguantar el ninguneo tratando de entablar conversación con niños que lo miraban con indiferencia, con desdén. Aun así, Manolo siempre cumplía sus deseos, estoico, callado, con una sonrisa en los labios y los ojos brillantes de arrobó.

—¿Le parece que le traiga la cena, señora De Grijalba? —Carlota notó el olor de las chalotas que había dejado calentándose en el hornillo y aprovechó para interrumpir aquella conversación un poco incómoda.

—Claro, niña, tráeme una copa de tinto también, por favor.

Mientras Carlota desaparecía en la cocina de popa de la nave, Mercedes se quedó con los ojos en-

trecerrados sumergida en sus recuerdos. Desde pequeña su hija había mostrado un carácter bastante temperamental, con reacciones muy fuertes e inesperadas, aunque también tenía una sensibilidad delicada que manifestaba en cada ocasión que tenía, además de con sus caballos. Mercedes se reconocía preocupada por la virulencia de sus prontos. «Vaya pollos monta», le decía a Carlos cuando a Clara se le iba la cabeza, aunque se mostraba impertérrita delante de su marido, pues de ella no desaparecía ese semblante de mujer dura y que lo tiene todo controlado. Pero lo cierto era que a Mercedes esas reacciones la preocupaban. Y mucho. Al principio creía que eran fruto de una mimada, y alguna vez le había dado un guantazo para que se le cortara la tontería de raíz. No es que ella fuera una mujer violenta, ni que lo hubieran sido con ella, pero no toleraba que su hija fuera una niña caprichosa. Bien era cierto que entonces vivía muy estresada, pues Gattaca estaba empezando a expandirse de una forma inesperadamente exitosa y ella se pasaba la vida en el avión, viajando de Londres a Hong Kong y de Ginebra a Estocolmo o a Sídney, por lo que su carácter seguramente no era el mejor.

Carlos, por otro lado, estaba siempre en Madrid y le dedicaba mucho tiempo a Clara, aunque era un blando y la niña hacía lo que quería con él, según le recordaba Mercedes cuando discutían. Además, entonces le gustaba salir a tomar una copa con los ami-

gos a esos intensos coloquios donde se recitaban poesías y se debatía sobre lo divino y lo humano, con lo que la educación de Clara quedaba realmente en manos de la Tata, su *nanny*, que ya tenía más de sesenta años y pasaba de imponer disciplina. El caso es que la niña hacía lo que quería y ella, madre primeriza, estresada y con una fuerte personalidad, a veces llegaba a destiempo y le pegaba un grito o sacaba la mano a pasear.

Carlota le trajo la cena: solomillo Wellington con chalotas al horno y unas judías verdes Bobby.

—Espero que esté a su gusto. —Una vez depositada la bandeja en la mesa plegable de su asiento, Carlota le presentó ceremonialmente una botella de Gran Reserva 904 de la Rioja Alta.

—Debemos de tener alguna botella de Valbuena del último viaje con mi marido. Ábreme una de esas mejor.

Cuando volvió, descorchó el vino de la segunda marca de Vega Sicilia y le sirvió una gota en una gran copa Riedel.

—Hasta arriba, que estos vinos no hace falta probarlos. —Carlota llenó la mitad porque le parecía más fino, pero Mercedes hizo un gesto enérgico para que llenara la copa hasta casi rebosar.

—¿Necesita alguna cosa más? —Carlota, sin duda, era una persona agradable, pensó Mercedes.

—Sí. ¿Por qué no te sientas un rato aquí conmigo? No me gusta cenar sola.